PANEGÍRICO

DE SANTA CATARINA MÁRTIR, PREDICADO EN LA IGLESIA MATRIZ

DE RÍOVERDE EL 25 DE NOVIEMBRE DE 1902.

Posside sapientiam.... et corona inclyta proteget te.

Posee la sabiduría..... y una inclita corona te cubrirá.

PROV. IV, 7, 9.

CON cuánto gusto vengo por segunda vez á pregonar en medio de vosotros las glorias de vuestra Santa Patrona. Bien sabéis cuánto me encanta el ver en pleno fruto, aun al acercarse el helado Diciembre, vuestros espléndidos naranjos. Más de una vez me habéis sorprendido, deleitándome en contemplar vuestros verdes cañaverales que se pierden en el horizonte. Vuestra Iglesia me ha agradado siempre; pero más hoy que vuestra piedad acaba de decorarla con magnificencia. Desde hace largos años he admirado vuestra devoción hacia la Santa Virgen de Alejandría; pero más cuando hace cuatro, vuestros próceres se declararon *caballeros de Santa Catarina,* á semejanza de los que en el siglo undécimo, revestidos de

blanca túnica y ciñendo refulgente espada, guardaban sus preciosas reliquias en las alturas del Sinaí.

Bastarían estos motivos para que hubiera volado, á la menor indicación, á pronunciar el panegírico de la insigne mártir, que cubre la ciudad de Ríoverde con el manto de su protección. Pero me estimulan igualmente los sentimientos de tierna devoción y de admiración singularísima, que desde mis primeros años le he profesado. Bajo su amparo me acogí desde que en edad temprana pisé con timidez las aulasu niversitarias, de que sólo me arrancaron para echar sobre mis hombros de estudiante el peso del episcopado. Cuando mis aficiones literarias me hicieron engolfar en las obras de los poetas y filósofos de Alejandría, aprendí á admirar este centro de sabiduría, y confundí en el mismo sentimiento de admiración las glorias de Catarina, y las de la ciudad que meció su preciosa cuna. Cuando llegó mi turno de luchar por las libertades de la Iglesia, mi modelo fueron necesariamente los Atanasios y Cirilos y demás fogosos Prelados, que lidiaron con tanto denuedo en la Metrópoli de los Tolomeos. Cuando retirado de la palestra he buscado, cual Jerónimo, mi consuelo en las Sagradas Escrituras, el volumen que ha iluminado mi veladora lámpara, ha sido el de la versión griega del Viejo Testamento, trabajada por los Setenta Intérpretes en esa misma Alejandría. Cuando, por último, he seguido paso á paso, en los anales de la Iglesia, la lucha suprema entre el paganismo y la Religión de Jesucristo, no he sabido á cuál arena dar la palma,

si á Roma, en que la Cruz desnuda de adornos luchaba contra el poder, y el fausto, y el brillo de los Césares, ó á Alejandría, en que la ciencia combatía con la ciencia, la filosofía con la filosofía, el arte con el arte, la poesía con la poesía, venciendo Cristo finalmente en todos los campos, en todos los estadíos, en todas las palestras, acompañándolo en su triunfo millares de mártires de los más insignes, de los más fuertes, de los más ilustres, entre los cuales descuella, como astro de primera magnitud, la princesa Catarina, virgen inmaculada, mártir invicta, doctora y filósofa sin igual.

¿Cómo no venir á cantar sus glorias con todo el entusiasmo del creyente, con todo el ardor del sacerdote, con todo el fuego del aficionado á las letras humanas y divinas? Voy, pues, á presentárosla, pura como la Inés de que se gloría la Ciudad Eterna, rica y noble como las Cecilias y Elenas de la misma Dominante, fuerte y constante como las Aguedas y Rosalías de Sicilia, y, por último, sabia, filósofa, doctora, tanto y aun más que Teresa de Jesús, prez de las Españas. Voy á mostraros, que á esa sabiduría que le mandó adquirir el Señor, debió la refulgente corona que le cubre desde hace 16 siglos, sin que su oro se haya empañado, ni desmerecido su pedrería. *Posside sapientiam. . . . et inclyta corona proteget te.*

Oh Virgen de las Virgenes, Reina de los Mártires, Trono de la sabiduría, cúbreme con tu manto para que pueda dignamente elogiar á tu sierva é imitadora.

Ave María.

I

Para poder aquilatar las glorias de un héroe, es menester, ante todo, formarse una idea exacta de la época en que floreció y del teatro en que se desplegaron las principales escenas de su vida. He aquí por qué, amados oyentes, tengo que conduciros primero á la reina de las ciudades del Egipto, á la populosa Alejandría, y haceros retroceder más de trescientos años antes de la era cristiana, para que luego avancéis paso á paso otros tres siglos después de Jesucristo.

Toda conquista tiene que llevar consigo, imprescindiblemente, sangre y desolación. ¿Cómo puede haber guerra sin batallas, batallas sin muertos, sitios sin destrucción, asaltos sin rapiña? Pero hay gran diferencia entre el Atila que se gloría de que ni la hierba puede crecer donde ha pisado su caballo, ó el Omar que destruye templos é incendia la más preciosa biblioteca que hayan visto los siglos, y el caudillo que sólo hace la guerra por llevar á los pueblos bárbaros los beneficios de la paz y de la civilización, que disminuye sus horrores, que convierte la sangre de los vencidos en rocío vivificador, que por cada aldea que destruye edifica una ciudad, y de las comarcas más salvajes hace

reinos florecientes, en que los enemigos de ayer se vuelven hermanos, en que se mezclan las razas y crecen y se multiplican bajo el amparo de sabias leyes y prudentes gobernantes. Raros han sido los conquistadores de esta especie; pero dos al menos nos ofrece la historia: Hernando Cortés en los tiempos modernos, Alejandro el Grande en la edad antigua.

Grande han apellidado á éste los siglos; grande fué por su genio, por sus conquistas, por su saber, por su estrategia, por su dón de gobierno; y aun prescindiendo de todo esto, á asegurarle el dictado de *grande* bastaría la Ciudad de Alejandría por él fundada y merced á él convertida en una nueva *Ciudad Eterna,* destinada á conservar su rango por siglos y siglos á pesar de los cambios y vicisitudes del mundo. Mil veces los Faraones y los que les precedieron y sucedieron en el gobierno del Egipto, habían seguido el curso del Nilo hasta su desembocadura, y habían podido admirar sus fértiles riberas y su bien situada *delta,* y las ensenadas magníficas que formaban sus aguas al mezclarse con las del mar Tirreno y podían albergar las naves del orbe entero. Pero á nadie se había ocurrido construir en aquella admirable situación más que la pobre aldea de *Rhacotis,* hasta que el ojo, más que escudriñador profético, del Macedón Alejandro, se fijó en aquel punto designado por la naturaleza para ser centro comercial del universo, y que él determinó convertir igualmente en centro del saber y de las ciencias, y de las letras helénicas.

Setenta y dos días bastaron al arquitecto para trazar los planos de la gran ciudad; muy pocos años fueron necesarios para construirla, y después de nueve siglos todavía la describía de este modo el general Musulmán que acababa de tomarla por asalto: «Contiene cuatro mil palacios, cuatro mil baños, cuatrocientos teatros, doce mil tiendas de comestibles y cuarenta mil tributarios judíos.» Su población total era más de un millón.

Sorprendido por la muerte, Alejandro, en medio de sus conquistas, y repartido su vasto imperio entre sus generales, cupo al Egipto la suerte de caer bajo la dinastía de los Tolomeos. Trece fueron los reyes de esta gloriosa estirpe; y desde el primero hasta el último, todos se mostraron insignes protectores de las letras y de las ciencias.

El primero fundó el *Museo* ó Academia ó Ateneo, como lo llamaríamos ahora, y empezó á reunir la grandiosa biblioteca, que bajo el segundo llegó á contar 400,000 volúmenes, número grande aun hoy día; pero que entonces, sin la imprenta, ni el vapor, ni la electricidad, equivaldría de seguro á cuatro millones de tomos de los tiempos modernos. Ambos llamaron y protegieron á los poetas, literatos, filósofos, matemáticos y astrónomos más célebres; y sus sucesores, cualesquiera que fueran sus defectos ó vicios bajo otro punto de vista, los imitaron en esta gran virtud de buscar, proteger y coronar á la sabiduría. *Posside sapientiam.... et corona inclyta proteget te.*

Admiramos, y con razón, el siglo de Augusto, el siglo de Luis XIV, el siglo de los Médicis; pero al hablar de la época de los Tolomeos no sabemos cómo medirla, porque duró tres centurias, todas igualmente propicias á las letras y á las ciencias. En ella florecieron Zarodote, Eratóstenes, Aristófanes, Aristarco, Crates, Dionisio, Apolonio el sofista y Zoilo, *gramáticos* como se les llamaba; pero que eran filólogos y literatos de altísimo renombre. En ella brillaron los poetas Apolonio Rodio, Arato, Nicandro, el sublime Calímaco, el dulcísimo Teócrito, Fanocles, Timón, los siete trágicos que apellidaban la pléyade Alejandrina, y otros, aunque olvidados hoy, no menos insignes.

Al lado de los poetas y gramáticos, florecieron aquellos filósofos que profesaban, es cierto, las doctrinas de Platón, pero que tendían á conciliar y amalgamar entre sí los más opuestos principios, y constituyeron más tarde la famosa escuela neo–platónica ó Alejandrina. ¡Qué nombres se recuerdan entre sus miembros: Filón, Amonio, Plotino, Yámblico. . . !

Igualmente las matemáticas, la astronomía y las ciencias naturales en general, hicieron progresos gigantescos bajo la dinastía de los Tolomeos. Bastaría mencionar á Euclides, el padre de la geometría, el que todavía sirve como libro de texto en los países más civilizados; pero con él hay que recordar á Aristilo y Timocaris, á Arquímedes, Erastótenes, Aristarco.

Y no se crea que estos sabios florecieron uno tras otro, aislados entre la turba de comerciantes que lle-

naban la populosa Alejandría. Su nombre era *legión,* desde la época del primer Tolomeo hasta muchos años después que la dinastía había desaparecido. En prueba de ello, cuando el segundo Tolomeo ordenó que se tradujeran al griego las Sagradas Escrituras, con la mayor facilidad encontró *setenta intérpretes* que se encargasen de la ardua tarea, todos doctos, todos sabios, todos inteligentes hasta el grado que (si hemos de creer la tradición) cada uno se encargó separadamente de la versión de todos los Libros inspirados, y cotejadas las traducciones todas, se encontraron idénticas, sin la menor discrepancia, como las leemos hoy día. De igual suerte, cuando seiscientos años más tarde buscó el Emperador algunos filósofos que disputasen con Catarina, al momento se reunieron cincuenta, todos eruditos, todos profundos, que habrían de seguro confundido á su adversario, si éste no hubiera sido una santa, una sabia, una virgen cristiana.

Pocos años antes de la venida de Jesucristo, absorbió el Imperio Romano el reino floreciente de los Tolomeos; pero no con el cambio de dinastía dejaron de florecer las ciencias y las letras en la ciudad de Alejandro. Cercana á Palestina y en comunicación diaria con sus puertos, fué aquélla uno de los primeros lugares fuera de la Judea adonde llegaron las doctrinas de Nuestro Divino Salvador; al grado que el evangelista San Marcos fué enviado allí, no á arrojar la primera simiente, sino á apacentar como su primer Obispo, la grey previamente formada.

Pero si fué fácil sembrar la primera semilla, trabajoso fué para el cristianismo echar raíces en una sociedad tan empapada en la filosofía pagana, y en que los Doctores del Museo, á una doctrina indiscutible, unían el orgullo, la tenacidad y un refinamiento en la dialéctica que les daba prestigio sin igual. No bastaba allí, como en Roma misma, la sangre de los mártires, por más que estos fueron numerosos; no bastaban la sencillez, la virtud y la santidad. Se necesitaba oponer la ciencia á la ciencia, las letras á las letras, y esto hizo desde un principio la Iglesia, como es su costumbre, y como ha practicado en todas épocas.

Así, pues, desde el siglo II se formó la escuela cristiana de Alejandría, siendo su fundador el filósofo San Panteno, siguiéndole Clemente y Orígenes, viniendo más tarde Heracles, Dionisio Pierio, Teognate y Serapión, y por último, los Patriarcas Pedro, Alejandro, Atanasio, Cirilo. Con atletas de esta talla, ¿qué podía la filosofía pagana? ¿Qué podía la herejía, que también ¡ay! levantó su cabeza emponzoñada, merced á defecciones inesperadas en el campo cristiano, y á los celos y ambiciones que suelen dividir á los miembros de la misma escuela religiosa ó científica?

Lo más notable es, que las últimas batallas entre el cristianismo triunfante y el paganismo decadente, fueron libradas, aunque á muchos años de distancia, por dos mujeres, ambas hermosas, ambas ilustres, ambas doctísimas, una y otra igualmente fuerte y constante, hasta el grado de dar la vida entre tormentos por las